**La consistencia de lo imaginario en la clínica actual**

Lo imaginario tiene participación fundamental dando consistencia en la constitución subjetiva, mediante la operación de un aparato que tiene como función drenar goce, como modelo identificatorio y constitutivo del yo. El estadio del espejo, como aparato que regula el goce, nos permite percibir que hay un goce que se presenta anterior al júbilo por la imagen que devuelve el espejo, del cuerpo fragmentado, este júbilo es por la buena forma de la imagen y hay que distinguir del cuerpo que se goza por fuera del espejo.

El júbilo del espejo es un tiempo segundo, del cuerpo primero que se goza de sí mismo. Hay que decir que el estadio del espejo es un límite imaginario al goce.

El estadio del espejo funciona como un operador visual, aislando la imagen, confiriéndole unidad visual y significante. En la clínica constatamos que la imagen es una inevitable modalidad del fantasma. (1)

La tópica de la imagen está articulada a la lógica fálica, mientras que la existencia de un cuerpo encarna otros efectos.

De ahí que a nivel de la clínica se presenten síntomas que no precisan ser descifrados, síntomas en relación directa a una compactación con el cuerpo, en los que se inaugura un acontecimiento de cuerpo más no de palabra.

Un cuerpo sin imagen es una condición trazada por Joyce, distinta al cuerpo schreberiano, desbordado por la imagen narcisista.

Se va configurando entonces que la imagen especular es funcionalmente esencial en el hombre, en tanto le brinda el complemento ortopédico de la insuficiencia nativa, del desconcierto, o desacuerdo constitutivo, vinculados a la prematuración del nacimiento. Su unificación nunca será completa porque se hace precisamente por una vía alienante, bajo la forma de una imagen ajena, que constituye una función psíquica original. La tensión agresiva de ese, yo o el otro, está integrada absolutamente a todo tipo de funcionamiento imaginario en el hombre.

El comportamiento humano nunca se reduce pura y simplemente a la relación imaginaria. La hiancia de la relación imaginaria exige algo que mantenga relación, función y distancia.

El complejo de Edipo significa que la relación imaginaria, incestuosa en sí misma, está destinada al conflicto y a la ruina. Para que el ser humano pueda establecer la relación más natural, la del macho a la hembra, es necesario que intervenga un tercero, que sea la imagen de algo logrado, el modelo de una armonía. Hace falta una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, es decir del padre. El orden que impide la colisión y el estallido de la situación en su conjunto.

El orden simbólico debe ser concebido como algo superpuesto, y sin lo cual no habría vida animal posible para ese sujeto estrambótico que es el hombre. (2)

En Lacan hay un primer efecto del goce que es imaginario, su punto de partida fue el estadio del espejo, no retenía del cuerpo más que la forma imaginaria, la imagen; por consiguiente, una vez más, en su escrito acerca de Schreber, en sus esquemas, el goce viene a quedar calificado de imaginario y se lo supone destinado a obedecer con precisión al próximo desplazamiento de lo simbólico.

Pero hay en la enseñanza de Lacan, el redescubrimiento del hecho que el cuerpo tiene un estatuto que no se agota en lo imaginario, en la forma, en la visión del cuerpo. (3)

Lacan reúne en lo imaginario, lo que establece como inventario del depósito de imágenes prevalentes que juegan un rol para el sujeto, respecto de las cuales era corriente suponer que algunas de ellas resultasen inaccesibles a la consciencia.

Por consiguiente lo específico del fantasma es, en este punto, una conexión, una interpenetración especial de lo simbólico y de lo imaginario.

La perspectiva tomada por Lacan nos permite distinguir que una y otra, se componen de elementos que dependen de órdenes diferentes. Es importante poder distinguir lo que puede revelarnos una cura psicoanalítica, entre lo que releva de imaginario y lo que reenvía a lo simbólico. Mediante una percepción entrenada del fantasma se distingue lo que está presente del significante y lo que está presente como tesoro imaginario. Lo hace tanto bajo la graduación de lo simbólico, a título de sujeto barrado, como bajo la graduación de lo imaginario, la del objeto a, escritura de la cual Lacan se servirá a lo largo de toda su enseñanza, hasta llegar al último tramo, momento en el que liquida toda construcción, incluidos esos elementos.

El sujeto barrado relevo de lo simbólico, fue construido por Lacan a partir de la noción de negación: lo construyó como vacío, negación de la substancia e incluso como negación del ser y por eso mismo, a ese título, prometido a identificarse. A diferencia de él, el objeto a, encierra en su paréntesis todas las formas imaginarias que pueden cautivar el interés del sujeto en lo que respecta al deseo, desde su propia imagen en el espejo- una suerte de encarnación de su narcisismo- y a partir de ella todo lo que sea imagen. Es preciso decir que las fronteras al respecto son imprecisas, en la medida que van tan lejos como las de aquello que la filosofía clásica llamaba representación.

En su acepción más amplia el imaginario abarca todo cuanto es representación.

Lo imaginario tiene, en efecto, la amplitud de la representación. No faltan argumentos para acordarle al goce un estatuto imaginario y precisamente la imagen del cuerpo- el cuerpo en tanto encuentra su soporte en la representación- es la fuente principal, es el objeto de satisfacción, de contemplación, objeto de una extrema complacencia donde se da a conocer precisamente que allí está el goce.

Se trata de algo que resulta perfectamente claro cuando Lacan aborda el caso Schreber; el goce se despliega allí como imaginario. Schreber feminizado y rodeado de objetos supuestamente femeninos, es una idea que constituye la fuente activa de la satisfacción más extrema para él, que ya se anunció en el fantasma bajo una forma muy pura: Que hermoso sería ser una mujer… La exaltación de lo bello está allí para sostener la referencia del goce al imaginario. Hay que insistir que el goce imaginario es exaltante, estético y permite movilizar todo cuanto es obra de arte.

Al final de su enseñanza Lacan restituye su dignidad a lo imaginario, el nudo borromeo ilustra que los tres registros son pares. Entonces, al inicio está lo imaginario y al final ha repensado, reformulado, el yo freudiano a partir de la relación del sujeto, pero de un sujeto que es un individuo, que es un sujeto dentro de un cuerpo, hay que decir, de este sujeto con la imagen especular.

El estadio del espejo ilustra los poderes de la imagen, tanto de la imagen de sí mismo como de la imagen del otro.

El objeto a, antes de referirse al objeto a como real, designó en su elaboración el objeto imaginario.

La teoría del estadio del espejo se fundamenta en una tesis sobre la transformación del sujeto, sobre lo que otros llaman cambio psíquico. Esta tesis formula que lo que transforma al sujeto es fundamentalmente la asunción de una imagen, se trata de un tipo muy preciso de imagen, de una forma que tiene pregnancia y la imagen en el estadio del espejo es la forma del cuerpo, en nuestra consideración teórica a partir de Lacan el cuerpo es una forma. No solamente se trata de la forma del cuerpo, sino de que el cuerpo como distinto del organismo no es un real biológico sino una forma. Eso implicaría desde el inicio de la enseñanza de Lacan que el cuerpo es imaginario. Y finalmente, en el último momento de su enseñanza, formulará que lo imaginario es el cuerpo. Pero eso ya está preparado desde el estadio del espejo.

De tal manera que decir que el cuerpo es una forma, que el cuerpo es imaginario, que lo imaginario es el cuerpo, tiene una importancia en cuanto al goce, el goce es impensable sin cuerpo, solamente a un cuerpo le está dado gozar o no gozar.

Este goce está ubicado muy al inicio en Schreber (1953), como goce narcisista de su imagen y antes, en el texto de su tesis del estadio del espejo, en 1948 cuando habla del júbilo del sujeto, es decir, del sujeto que se regocija de su relación con la imagen especular.

El goce en cuanto asociado al cuerpo, está vinculado a lo imaginario, tenemos siempre presente que Freud descubrió el fantasma primero en la dimensión de lo imaginario y encontramos en la experiencia analítica esas imágenes inolvidables que no se pueden borrar, esas imágenes que parecen contener el goce, que lo detienen, que encarcelan el goce del sujeto, lo imaginario y el goce, que implica el goce en lo imaginario. (4)

El pasaje de la imagen que se ve a la imagen que vela por la entrada de la palabra y el lenguaje, hacen de lo imaginario algo que no se puede ver, a partir de allí la imagen muestra para esconder.

Hay entonces una consistencia imaginaria como primera envoltura del goce, la captura del goce perdido, mítico, pasa por lo imaginario.

Al final de la enseñanza de Lacan, lo imaginario se retoma como cuerpo, ya no es imagen como forma perceptible o imagen velo, ahora lo imaginario consiste como cuerpo.

Dirá: “Me di cuenta que consistir quería decir que había que hablar de cuerpo, que hay un cuerpo de lo imaginario, un cuerpo de lo simbólico, que es la lengua, y un cuerpo de lo real del que no se sabe cómo sale, concierne a algo que estaría en el interior de cada uno, de cada uno de los que hacen multitud y que, por este hecho, creen ser una unidad”. (5)

A partir de ello, los tres términos que enmarcan la reflexión en su última enseñanza, es la del agujero, la ex – sistencia, y la consistencia, que son asignados de manera diferencial a cada uno de los redondeles de cuerda del nudo borromeo al mismo tiempo que están presente en cada redondel una vez descompuesto el nudo en sus tres elementos. El agujero caracteriza exclusivamente a lo simbólico, la ex – sistencia es el rasgo de lo real y en la consistencia reconocemos lo imaginario. (6)

En el seminario 23, elige la consistencia como lo opuesto a la función del sujeto barrado, que es una función variable en esencia, la consistencia mínima en el nudo borromeo no es el nudo mismo, la consistencia mínima está a nivel de lo que él llama el elemento cuerda, la simple cuerda. Aquí encontramos el Uno. El Uno que hasta ese momento Lacan había encontrado en el significante, aparece en el elemento cuerda, de tal suerte que el nudo ya parece ser una construcción con respecto a ese elemento.

Entonces, desde esta perspectiva lo que despeja como consistencia de un ser que no es sujeto sino parletre, es el cuerpo.

Del cuerpo Lacan dice entre otras cosas que es la única consistencia del parletre, es lo que lo mantiene unido. Esto significa que lo simbólico no da al parletre su mantenerse unido en la medida en que, si bien lo simbólico se mantiene unido como estructura, no mantiene unido al parletre. Esta consistencia es imaginaria, sin duda, y aquí se pueden retomar los hechos de observación y de deducción concernientes al estadio del espejo.

La consistencia ahora se basa en una relación del parletre con su cuerpo. La relación que Lacan perdió a nivel sexual, reaparece en el nivel corporal.

Joyce sirve de ejemplo de un “hay una relación corporal”, y del “tener un cuerpo, sin tener imagen”.

Del sinthome de Joyce se desprenden dos tesis:

La adoración del cuerpo propio, referida a la mentalidad.

El pensamiento por el contrario entraña una referencia al acto sexual, esto significa que el pensamiento introduce la adoración del otro cuerpo.

Lacan aísla como primaria la relación del parletre con su cuerpo propio, ahí está implicado lo imaginario, y luego establece la distinción entre esa relación primaria y la relación con el cuerpo otro, en la que hay pensamiento, sentido y referencia a la relación sexual. (7)

Cuando el Otro no existe, hay de lo Uno, ello implica un cambio de axiomática que radicaliza el estatuto del goce como experiencia del cuerpo (el Uno) Ahora el cuerpo es algo que se goza, y ese goce no es como el objeto a, es decir, producto de la articulación significante, que depende de la existencia del Otro.

Por otro lado la separación entre síntoma e inconsciente que Lacan introduce en RSI indica que el síntoma consiste salvajemente el Uno por medio de una letra, esta escritura es salvaje porque no está determinada por el significante. Si el significante amo conmemora una irrupción de goce, entre él y la letra escrita por el síntoma, no existe relación universal no necesaria, sino empalme universal y contingente. Una vez conformado el síntoma de este modo, el mismo no cesa de escribirse, y así lo inicialmente contingente se torna necesario.

Por otro lado, el estatuto del síntoma entendido como acontecimiento del cuerpo significa mucho más que la mera constatación de que no hay síntoma sin cuerpo. Al ser acontecimiento, el síntoma se define como un real contingente y singular, dado que no hay acontecimiento que sea necesario ni universal. Además, el cuerpo, que es la sede de este acontecimiento, no solo debe ser gozable, sino también capaz de recibir como letra la marca escrita salvajemente por el síntoma. Este cuerpo, es, por tanto, literable. Estos dos neologismos, gozable y literable, señalan las notas principales del nuevo estatuto del cuerpo, dependiente de la definición del síntoma como acontecimiento real, contingente y singular.

A nivel de la clínica en el síntoma encontramos la relación entre un significante y la letra que lo escribe, el único modo de cambiar algo en el síntoma consiste en conmover dicha relación, es decir, lograr que ese significante se escriba de otro modo, o bien romperlo, pone al equívoco como arma contra el síntoma, en la medida que el equívoco es la incidencia fragmentadora que sobre el significante ejerce la función de la letra, haciendo resonar en el cuerpo el equívoco.

Es preciso entonces que el cuerpo tenga un nuevo estatuto para que el equívoco consuene y resuene, es preciso que el cuerpo sea sensible a ello y esto solo es posible si el cuerpo en cuestión es gozable y literable.

Desacoplar síntoma e inconsciente, indica que el síntoma ex – siste al inconsciente, ex – sistencia significa precisamente desacoplamiento. De este modo el síntoma escribe el Uno en la carne, incesante y salvajemente, así toca, mediante la letra, lo real. (8) Gerardo Arenas, En busca de lo real, Grama Ediciones, Bs As, 2010.

Suele ocurrir que en la clínica analítica podemos oír algo de ello.

Stela, mujer de 36 años, ha estado en consulta cerca de 8 años, tiempo que le ha permitido ir levantando las finas capas del puerro, no sin poner el cuerpo como instrumento de batalla, la alusión a la metáfora alimenticia no es gratuita, el tiempo requerido para plantear y bordear un secreto paterno, la lleva a encarnar una figura visiblemente voluminosa, constituyendo una queja permanente de ella a la analista y del esposo a ella.

El trabajo analítico la hace producir una frase onírica pronunciada por la madre, ya muerta hace algunos años: “jamás te perdonaré”. Ante la pregunta de la analista, ¿quién dice eso? Se introduce la condición del estrago materno, imposible de elaborar y que se evade con un embarazo, embarazo que no llega a término, se presenta después de un tiempo para mostrar las fotos de lo que iba a ser el bebé, capturadas en su BlackBerry. Una intervención que cubre la pantalla e invita a hablar, trae como efecto la instalación de un periodo de fibromialgias, dolores intensos por todo el cuerpo, medicaciones fallidas, informes de múltiples exámenes y otro diagnóstico, “lupus” a lo que se responde ¡¿loba?!

Ausencia y retorno. Dirá, ¿será que no quería tener al bebe?...

La vida de esta mujer está subida en incontables cuadros fotográficos, a los que dedica gran parte de su tiempo, armados preciosamente en un sector de su casa acompañándolos con la expresión, una imagen vale más que mil palabras.

Ejercicio que permite crear y recrear al padre que no estuvo, la madre que no está, olvidando lo que de mujer puede haber en ella.

Por otro lado, Mariángeles, integrante del grupo se pregunta, cómo interviene el cuerpo del analista, quien no sólo paga con ese juicio íntimo al que se refiere Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, para juzgar en qué casos interviene contra el síntoma y en otros en silencio y con respeto, elige dejar intacta la solución de quien acude.

Así, en la primera entrevista M, dice: Me frustra que las cosas no salgan como yo quiero, que mis amigos no jueguen lo que yo quiero, que no me obedezcan. Según sus padres no soporta lo imprevisto, le cuesta mucho trabajo conciliar el sueño, para lo que padre y madre se turnan noche tras noche en relevos hasta que logra dormirse. En el colegio los maestros no saben qué hacer cuando si se equivoca en una tarea o tiene algún problema con el ordenador o con sus compañeros, entonces se tira al suelo llorando inconsolable o gritando, desesperado: “No puede ser”. En nuestras primeras sesiones rápidamente cuando no conseguía acomodar algún juego, por ejemplo, cerrar la caja en el primer intento o cuando había propuesto y algún movimiento de mi parte ocasionaba que, en sus palabras “el juego se desbalance” se tomaba la cabeza entre las manos y empezaba a gritar como un poseso, “No puede ser”. Mi palabra no tenía ningún efecto para calmarlo y no sabía qué hacer, suspendía la sesión invitándole a venir la próxima vez. Esto se repetía, así que la tercera vez que nos encontramos cuando a pesar de cambiar las reglas del juego cada vez que algo no salía como esperaba, nuevamente surgió “el desbalance” se tomó la cabeza entre las manos y empezó a zapatear, yo también me tomé la cabeza entre las manos pero un poco riendo y un poco subiendo la voz “no puede ser que te pongas así sólo porque no ganas”…M. se quedó estupefacto, completamente desconcertado y luego empezó a reír. En las sesiones siguientes cada vez que iba a tomarse la cabeza por los mismos eventos, se interrumpía riéndose. En el colegio dijeron a sus padres que “ha hecho un gran esfuerzo y ahora ríe por lo que anteriormente se revolcaba en el suelo o no le concede la misma importancia”…Uno no sabe cómo intervenir, entonces interviene poniendo el pecho para quedar envuelto por la sorpresa de lo que a veces sucede después.

Mayra de Hanze

Este relato ha sido posible por la participación de:

Gabriel Roel, Mariángeles Morana, María Isabel Uribe, Piedad de Spurrier y Mónica Febres Cordero de Espinel.

Referencias

1-J.A. Miller. Elucidación de Lacan, La imagen reina, Editorial Paidós, Bs As, 1998.

2-J. Lacan. Seminario 3, Editorial Paidós, Bs As, 1984.

3-J.A.Miller. El Ser y el Uno, lección 2, 2011, inédito.

4-J.A.Miller. Conferencias Porteñas, Las cárceles de lo imaginario, Paidós, Bs As.

5-J. Lacan. Seminario 24, lección 1, inédito.

6-J.A.Miller. El lugar y el lazo, Editorial Paidós, Argentina, 2013.

7-J.A.Miller. Piezas sueltas, La relación corporal, Paidós, Bs As, 2013.

8-G. Arenas. En busca de lo real, Gama Ediciones, Bs As, 2010.